

Cuando la presidenta lo hubo dejado solo, Fresal, que se vió juez de paz, no se semejaba ya á sí mismo; parecía que había engordado, respiraba á pleno pulmón el aire de la dicha y el buen viento del éxito, recurriendo al depósito desconocido de la voluntad de nuevas y fuertes dosis de esta divina esencia, se sentía capaz de un crimen, al igual que Remonencq, con tal que no existiesen pruebas, para salir airoso. Se había colocado osadamente enfrente de la presidenta, convirtiendo las conjeturas en realidad, afirmando á tontas y á locas con el único objeto de obtener poderes para salvar la herencia y obtener así su protección. Representante de dos grandes miserias y de deseos no menos grandes, rechazaba desdeñosamente su horrible casa de la calle de la Perla. Veía mil escudos de honorarios de la Cibot y cinco mil de la presidenta. Esto era conquistar una habitación decente. En fin, se empazaba con el autor Poulain. Algunas de estas naturalezas vengativas, ásperas y dispuestas á la maldad á causa del sufrimiento ó de las enfermedades experimentan sentimientos contrarios, con igual grado de violencia: Richelieu era tan buen amigo como enemigo cruel. Para agradecerle á Poulain los socorros que le había prestado, Fresal se hubiese dejado matar por él. Al volver la presidenta con una carta en la mano, miró sin ser vista por él á aquel hombre que pensaba ya en una vida feliz y desahogada, y lo encontró mucho menos feo: por otra parte, iba á servirle, y se mira un instrumento que nos pertenece muy diferentemente que el del vecino.

—Señor Fresal—le dijo,—me ha probado usted que es inteligente y le creo capaz de ser franco.  
Fresal hizo un gesto elocuente.

—Pues bien—repuso la presidenta,—le conjuro á que responda con franqueza á esta pregunta: ¿Comprometerán al señor de Marville ó á mí los pasos que dé usted?

—No hubiese venido á encontrarla si tuviese que reprocharme un día el haber manchado su reputación. No olvide usted, señora, que para que yo sea juez de paz tengo que serle á usted agradable. He recibido en mi vida una lección, y ésta ha sido demasiado dura para que me exponga á recibir aún otras semejantes; en fin, señora, todos los pasos que dé por usted le serán explicados con anticipación...

—Está bien: aquí tiene la carta para el señor Leboeuf. Ahora espero los datos acerca de la sucesión.

—Todo consiste en eso—dijo astutamente Fresal, saludando á la presidenta con toda la gracia que pudo expresar.

—¡Qué casualidad!—se dijo la señora Camusot de Marville.—¡Ah! ¡seré, pues, rica! Camusot será diputado, pues destinando á Fresal al distrito de Bolbec, le hará salir. ¡Qué instrumento! Y parte para Mantes, donde era preciso obtener los favores de un hombre que conocía muy poco; pero contaba con la señora Vatinelle, á quien desgraciadamente debe todos sus infortunios, y los infortunios amorosos son frecuentemente como la letra protestada de un buen deudor: produce intereses.

## CAPÍTULO XXII

### Aviso á los solterones

Tres días después, mientras Smuke dormía, pues la señora Cibot se había repartido el peso de cuidar y velar al enfermo, la Cibot tuvo una pelotera con el pobre Pons. No es inútil hacer observar aquí una triste particularidad de la *hepatitis*. Los enfermos cuyo hígado está más ó menos atacado, están dispuestos á la impaciencia, á la cólera, y estas cóleras les alivian momentáneamente, lo mismo que en los accesos de fiebre siente uno desarrollarse fuerzas excesivas. Una vez pasado el acceso, el abatimiento, el *collapsus*, como dicen los médicos, llega, y las pérdidas que ha sufrido el organismo se aprecian entonces en toda su gravedad. Así, en las enfermedades del hígado, y sobre todo en aquellas cuya causa proviene de grandes penas sufridas, el paciente cae, después de estos arranques, en desfallecimientos tanto más peligrosos; cuanto que el enfermo está sometido á una dieta severa. Es una especie de fiebre que agita el mecanismo humorístico del hombre, pues esta fiebre no está en la sangre ni en el cerebro, este arrumaco de todo el ser produce una melancolía contra la que se enfada el enfermo. En una situación semejante, todo produce una irritación peligrosa. La Cibot, mujer del pueblo y sin instrucción, á pesar de las recomendaciones del médico, no creía en aquellos tirones del sistema nervioso causados por el sistema humorístico; las explicaciones del señor Poulain eran para ella IDEAS DE MÉDICO. Quería absolutamente, como todas las

gentes del pueblo, alimentar á Pons, y, para evitar que le diesen una tajada de jamón, ó una tortilla, ó un chocolate, era necesaria esta palabra absoluta del doctor Poulain:

—Si quiere usted matar como de un tiro al señor Pons, no tiene más que darle un bocado de lo que sea.

La testarudez de las clases populares es tan grande respecto á este punto, que la repugnancia que sienten los enfermos de ir al hospital, proviene de que el pueblo cree que matan allí á la gente no dándoles de comer. La mortalidad que han causado los alimentos llevados secretamente por las mujeres á sus maridos es tan grande, que ha determinado á los médicos á prescribir una visita de cumplimiento de excesiva severidad los días en que los parientes van á ver á los enfermos. La Cibot, para llegar á una disputa momentánea, necesaria para la realización de sus beneficios inmediatos, contó su visita al director del teatro, sin olvidar su disputa con la señorita Eloisa, la bailarina.

—Pero ¿qué ha ido usted á hacer allí?—le preguntó por tercera vez el enfermo, que no podía contener á la Cibot cuando se lanzaba á hablar.

—¿Me pregunta usted lo que fui á hacer?—dijo la Cibot, repitiendo la pregunta de Pons.

Ciertos habladores, y estos son habladores de talento, juntan de este modo las interpelaciones, las objeciones y las observaciones á manera de provisión para alimentar sus discursos; como si la fuente pudiese agotarse nunca.

—He ido para sacar al señor Gaudissart del apuro en que se hallaba; necesita música para un baile, y usted no está, querido mío, en estado de emborronar papel y cumplir su cometido... He oído decir, pues, que llamarían á un tal señor Garangeot para poner música á los *Mohicanos*.

—¡Garangeot!—exclamó Pons furioso.—¡Garangeot! ¡un hombre sin ningún talento, á quien no he querido como primer violín!... Es un hombre de mucha inteligencia, que hace muy bien los folletines para la música; pero para componer un aire ¡lo desafío!... y ¿cómo diablos se le ocurrió á usted la idea de ir al teatro?

—Pero ¡qué *ostinado* es este demonio de hombre! Vamos, gato mío, no se sulfure usted. ¿Puede usted componer música en el estado en que se halla? Pero ¿no se ha mirado usted al espejo? ¿Quiere usted uno? No tiene usted más que la piel y los huesos... está usted débil como un gorrión

y se cree usted capaz de hacer notas, cuando no haría ni las mías. Esto me hace pensar ahora que debo subir al tercer piso donde nos deben diez y siete francos... y nunca viene mal coger diez y siete francos; pues una vez pagado el boticario, no nos quedarán ni veinte. Era, pues, preciso decir á ese hombre, que me parece un buen hombre, al señor Gaudissart, me gusta su nombre... es un verdadero Roger Bontemps que me iría bien... jese sí que no tendrá nunca malo el hígado! Pues era preciso decir á ese hombre el estado en que usted se hallaba. ¡Qué demonio! Usted no está bueno y le ha reemplazado momentáneamente...

—¡Reemplazado!—exclamó Pons con voz formidable é irguiéndose.

Generalmente, los enfermos, sobre todo los que están cerca de la muerte, se agarran á sus puestos con el furor que despliegan los aspirantes para obtenerlos. Así su sustitución parecía al pobre moribundo una primera muerte.

—¡Pero si el doctor me ha dicho que voy perfectamente bien—repuso—y que volveré muy pronto á mi vida ordinaria! ¡Usted me ha matado, asesinado, arruinado!...

—¡Ta, ta, ta!—exclamó la Cibot—vaya, ya se ha muerto usted, yo soy su verdugo, todo eso le dice usted al señor Smuke cuando yo vuelvo la espalda. ¡No se crea usted que dejo de oír todo lo que dicen!... es usted un monstruo de ingratitud.

—Pero ¿no sabe usted que si tardo nada más que quince días en ponerme bueno, me dirán cuando salga que soy una peluca, un viejo, que mi tiempo ha pasado, que soy el Imperio, un *rococo*!—exclamó este enfermo que quería vivir.—Garangeot se hará muchos amigos en el teatro. Habrá bajado el diapasón para una actriz que no tiene voz, habrá limpiado las botas al señor Gaudissart, habrá elogiado á todo el mundo en los folletines; y entonces, en una tienda semejante, señora Cibot, sabe uno encontrar piojos en la cabeza de un calvo. ¿Qué demonio le habrá sugerido la idea de ir allí?

—Pero ¡pardiez! el señor Smuke discutió la cuestión conmigo durante ocho días. ¿Qué quiere usted? ¡Usted no piensa más que en sí mismo! ¡Es usted un egoísta, capaz de matar á todo el mundo por curarse!... El pobre señor Smuke está desde hace un mes sin probar bocado, no

puede ir á ninguna parte, ni dar lecciones, ni ir al teatro; pero usted no ve nada, él le asiste de noche y yo de día. Si yo pasase ahora las noches como procuré hacerlo al principio, creyendo que usted no tendría nada, necesitaría dormir durante el día. ¿Y quién cuidaría de mi casa? Además ¡la enfermedad es la enfermedad!... ¡eso es todo!

—Es imposible que á Smuke se le haya ocurrido tal idea.

—Supongo que no querrá usted que sea á mí á quien se le ha ocurrido. Y ¿cree usted que somos de hierro? Si el señor Smuke hubiese continuado dando lecciones y pasándose desde las seis y media de la tarde hasta las once y media de la noche en el teatro dirigiendo la orquesta, hubiese muerto en diez días... ¿Desea usted la muerte de ese digno hombre, que daría su sangre por usted? ¡Por los autores de mis días, que no se ha visto nunca un enfermo como usted!... ¿Qué ha hecho usted de su razón? ¡la ha llevado al Monte de Piedad? Todo se destruye aquí por usted, hace una todo lo que puede y usted no está contento. ¿Quiere usted volvernlos locos á todos?... Además, yo estoy rendida.

La Cibot podía hablar á su gusto, la cólera impedía á Pons decir una palabra; se revolvió en la cama, articulaba penosamente interjecciones, se moría. Como siempre, llegada á este período, la disputa se volvía súbitamente tierna. La enfermera se precipitó sobre el enfermo, le cogió por la cabeza, le obligó á acostarse y lo tapó.

—¡Cómo puede uno ponerse en tal estado! Después de todo, gato mío, es su enfermedad. Es lo que dice el señor Poulain. Vamos, cálmese. Sea usted bueno, gatito mío; usted es el ídolo de todo el mundo, hasta el doctor viene á verle dos veces al día. ¿Qué diría si le encontrase tan agitado? ¡Me pone usted fuera de mí! Esto no le hace á usted ningún provecho... Cuando se tiene á la mamá Cibot por enfermera, se le deben consideraciones... ¡Usted grita, habla!... eso le está prohibido, ya lo sabe usted. Hablar le irrita. ¿Y por qué se ha de enfadar usted? Es usted quien tiene la culpa... me contraría usted siempre. Vamos, razónemos. ¿Y si yo y el señor Smuke, que le quiere como á las niñas de sus ojos, hemos creído obrar bien? Pues bien, ángel mío, está bien hecho.

—Smuke no ha podido aconsejar á usted la ida al teatro sin consultarme antes.

—¿Quiere usted que despierte á ese pobre hombre, que duerme como un bienaventurado, para hacerle servir de testigo?

—¡No, no! Si mi bueno y tierno Smuke ha tomado esa resolución, tal vez estoy más malo de lo que me creía—dijo Pons dirigiendo una mirada llena de horrible melancolía á los objetos de arte que adornaban su habitación.—Será preciso decir adiós á mis queridos cuadros, á todas esas cosas de las que he hecho mis amigos. ¡Y mi divino Smuke! ¡oh! ¡será verdad!

La Cibot, aquella atroz comediante, se llevó el pañuelo á los ojos. Esta muda respuesta hizo caer al enfermo en sombría meditación. Anonadado por aquellos dos golpes dirigidos á lugares tan sensibles, la vida social y la salud, la pérdida de su destino y la perspectiva de la muerte, se debilitó tanto, que no tuvo ya fuerzas para encolerizarse. Y permaneció melancólico como un tísico después de su agonía.

—Mire el interés del señor Smuke—dijo la Cibot al ver casi muerta á su víctima;—haría usted bien en enviar á buscar al notario del barrio, el señor Trognon, un buen hombre.

—Siempre me habla usted de ese Trognon—dijo el enfermo.

—¡Ah! para lo que usted me dará, me es igual uno que otro.

Y levantó la cabeza, queriendo dar á entender que despreciaba la riqueza. El silencio se restableció.

En este momento, Smuke, que dormía desde hacía ya seis horas, se despertó, aguijoneado por el hambre, se levantó, fué á la habitación de Pons, y lo contempló durante unos instantes sin decir palabra, pues la señora Cibot se había llevado un dedo á los labios, haciendo:

—¡Chit!

Después se levantó, se aproximó al alemán para hablarle al oído, y le dijo:

—¡Gracias á Dios que se ha dormido! ¡es malo como un asno colorado! ¡Qué quiere usted! se defiende contra la enfermedad...

—No, al contrario, soy muy paciente—respondió la víctima con tono doliente que acusaba un horrible abatimiento; —pero, querido Smuke, ha ido al teatro á hacer que me despidan.

E hizo una pausa, pues no tuvo fuerzas para acabar.

La Cibot se aprovechó de aquel intervalo para pintar á Smuke, por medio de un signo de cabeza, el estado de una cabeza en que la razón se extravía, y dijo:

—No le contrarie usted, se moriría.

—Y—repuso Pons mirando al honrado Smuke—pretende que eres tú quien la ha enviado.

—Sí—respondió heroicamente Smuke—*ega necesaguio*. Cállate... ¡déjanos que te salvemos!... Es una *tontegula* el que te matos trabajando cuando posees un *tesogo*... Restablécete, *vendeguemos* alguna antigüedad y *acabaguemos* tranquilamente nuestros días en un *guincón* con esta buena *señoga* Cibot.

—¡Te ha pervertido!—respondió dolorosamente Pons.

El enfermo, no viendo á la señora Cibot, que se habla colocado detrás de la cama para poder ocultar á Pons los signos que le hacia á Smuke, creyó que se había marchado, y exclamó:

—¡Me asesina!

—¡Cómo que le asesino!—dijo la Cibot mostrándose, con los ojos fuera de sus órbitas y en jarras.—Esa es la recompensa de una adhesión perruna... ¡Dios de Dios!

Rompió en llanto y se dejó caer en un sofá; y este movimiento trágico causó la más funesta revolución á Pons.

—Pues bien—dijo la Cibot levantándose y mostrando á los amigos sus miradas de mujer rencorosa, que lanzan á la vez rayos y veneno—ya estoy cansada de no hacer nada bien aquí, cuando me estoy consumiendo; tomarán ustedes una enfermera.—Los dos amigos se miraron asustados.—¡Oh! ¡ya pueden ustedes mirarse! ¡Está dicho! Voy á decir al señor Poulain que les busque una enfermera y vamos á arreglar nuestras cuentas. Me devolverán ustedes el dinero que he gastado... y que no hubiese reclamado nunca... ¡Yo que he ido á pedirle prestados quinientos francos al señor Pilleraut!

—Es su *enfegmedad*—dijo Smuke, precipitándose sobre la Cibot, y cogiéndola por el talle,—tenga usted paciencia.

—Usted es un ángel, cuyas pisadas besaría—dijo ella;—pero el señor Pons no me ha querido nunca, me ha odiado siempre... Por otra parte, acaso crea que quiero que me ponga en el testamento.

—¡Chit! ¡va usted á matarle!—exclamó Smuke.

—Adiós, señor—fué á decirle á Pons, anonadándole con una mirada,—por lo mal que le quiero, deseo que se cure. Cuando sea usted amable conmigo, cuando crea usted que lo que hago está bien hecho, volveré. Hasta entonces, me quedo en mi casa. Usted era mi hijo, ¿y desde cuándo se ha visto á los hijos rebelarse contra sus madres?... No, no, señor Smuke, no quiero oír nada... Le traeré la comida, le serviré; pero tomen una enfermera, pidan una al señor Poulain.

Y salió, cerrando la puerta con tal violencia, que los objetos frágiles y preciosos temblaron.

El enfermo oyó el chis chas que hizo una porcelana al romperse, lo que constituyó el golpe de gracia en el suplicio del enfermo.

Una hora después, la Cibot, en lugar de entrar en la habitación de Pons, fué á llamar á Smuke, á través de la puerta del dormitorio, diciéndole que la comida le esperaba en el comedor. El pobre alemán fué allá con la cara descolorida y llorosa.

—El pobre Pons *desvaguia*—dijo,—pues pretende que es usted una infame. Es su *enfegmedad*—dijo para enternecer á la Cibot, sin acusar á Pons.

—¡Ah! ya estoy harta de su enfermedad. Escuche usted: no es mi padre, ni mi marido, ni mi hermano, ni mi hijo. Me ha tomado tierra, y ya estoy cansada. Mire, á usted le seguiría hasta el fin del mundo; pero cuando una da su vida, su corazón, todas sus economías; cuando una descuida á su marido (pues Cibot está enfermo) y una se oye tratar de infame... es demasiado.

—¿Demasiado?

—¡Sí, demasiado! Dejemos las palabras inútiles y vayamos á lo positivo. Me deben ustedes tres meses á ciento noventa francos, que hacen quinientos setenta, más el alquiler que he pagado dos veces, pues aquí tiene los recibos, seiscientos francos con lo que usted me da de propina; además mil doscientos francos aproximadamente, y finalmente los dos mil francos, sin intereses, bien entendido; total, tres mil ciento noventa y dos francos... y piensen que van á necesitar por lo menos dos mil francos para la enfermera, el médico y las medicinas; por eso es por lo que le he pedido prestados mil francos al señor Pilleraut—dijo enseñándole el billete de mil francos que le había dado Gaudissart.

Smuke escuchaba aquella relación, con una estupefacción muy concebible, pues era financiero como los gatos son músicos.

—Señora Cibot, Pons ha *pegado* la cabeza. *Pegdónle*, continúe cuidándole, sea usted nuestra providencia... se lo pido de *godillas*.

Y el alemán se prosternó ante la Cibot, besando las manos á aquel verdugo.

—Escuche usted, gatito mío—dijo, levantando á Smuke y besándole en la frente—Cibot está en la cama enfermo y acabo de enviar á buscar al señor Poulain. En estas circunstancias, debo poner mis asuntos en orden. Por otra parte, Cibot, que me ha visto entrar llorando, se ha enfurecido de tal modo, que no quiere que vuelva á poner los pies aquí. Pero entregándole á ese hombre los tres mil doscientos francos, tal vez se calme. Es toda la fortuna de ese pobre hombre, sus economías de veintiséis años de casado, el fruto de sus sudores. Necesita su dinero mañana, y es preciso buscarlo... usted no conoce á Cibot: cuando se encoleriza mataría á un hombre. Puede que obtenga de él que me deje continuar cuidándoles á ustedes dos. Tranquílcese, le dejaré que me diga todo lo que le pase por la cabeza; sufriré ese martirio por amor á usted que es un ángel.

—No, soy un pobre hombre que quiere mucho á su amigo, que daría su vida por salvarle.

—¿Y el dinero?... Mi buen señor Smuke, una suposición; aunque no me dé usted nada, necesitarán ustedes tres mil francos para sus atenciones. ¿Sabe usted lo que yo haría en su lugar? Vendería siete ú ocho malos cuadros, y los reemplazaría con algunos de los que están en su cuarto de cara á la pared por falta de sitio; porque ¿qué más da un cuadro que otro?

—¿Y *pog* qué?

—¡Es tan malicioso! pero es su enfermedad, porque cuando está bueno es un cordero. Es capaz de levantarse, de registrarlo todo; y si por casualidad fuese al salón, aunque está tan delicado que no podría pasar el umbral de la puerta, encontraría el mismo número.

—Eso no está bien.

—Le explicaremos la venta cuando ya esté hecha. Si quiere usted confesarle esta venta, écheme usted la culpa

á mí, á la necesidad que tenía de pagarme. Vamos, tengo buenas espaldas.

—Yo no puedo *disponeg* de cosas que no me *pegtenecen*—respondió sencillamente el buen alemán.

—Pues bien, les llevaré á los tribunales á usted y al señor Pons.

—Eso *segula matagle*.

—¡Escoja usted!... ¡Dios mío! venda los cuadros y dígaselo después... le enseñará usted el recibo...

—Pues bien, cítenos usted... esa será mi excusa... le presentaré la citación...

El mismo día, á las seis de la tarde, la señora Cibot, que había ido á consultar á un alguacil, llamó á Smuke. El alemán se vió en presencia del señor Tabareau, que le intimó á que pagase; y á la respuesta que dió Smuke, temblando de pies á cabeza, fueron citados él y Pons ante el tribunal, para oír su condena al pago. El aspecto de aquel hombre y el papel timbrado garrapateado, produjeron tal efecto en Smuke, que no resistió ya.

—Venda los cuadros—dijo con lágrimas en los ojos.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, Elías Magus y Remonencq descolgaron cada uno sus cuadros. Dos recibos perfectamente en regla fueron extendidos de esta suerte:

«El infrascrito, con la anuencia del señor Pons, reconoce haber recibido del señor Elías Magus la suma de dos mil quinientos francos, por cuatro cuadros que le ha vendido, debiendo ser empleada dicha suma en las necesidades del señor Pons. Uno de estos cuadros, atribuido á Durer, es un retrato de mujer; el segundo, de la escuela italiana, es igualmente otro retrato; el tercero es un paisaje holandés de Breugliel; el cuarto es un cuadro florentino, representando una Sagrada familia, cuyo autor es desconocido.»

El recibo dado por Remonencq estaba concebido en los mismos términos y comprendía un Greuze, un Claudio Lorrain, un Rubens y un Vandick, disfrazados bajo los nombres de cuadros de la escuela francesa y de la escuela flamenca.

—Este *dinego* me *hagúa creeg* que esas anticuallas valen algo...—dijo Smuke al recibir los cinco mil francos.

—Eso vale algo—dijo Remonencq,—yo daría muy bien cien mil francos por todo ello.

El auverniano, rogado para que hiciese este pequeño ser-

vicio, reemplazó los ocho cuadros por otros de iguales dimensiones, con los mismos marcos, escogiéndolos de los cuadros inferiores que Pons había colocado en la habitación de Smuke. Una vez en posesión de las cuatro obras maestras, Elías Magus llevó á la Cibot á su casa, bajo pretexto de arreglar cuentas. Una vez allí, empezó á contarle lástimas, encontró defectos á las telas, era preciso reentelarlas, ofreció á la Cibot treinta mil francos por su comisión, é hizo que los aceptase mostrándole los brillantes papeles en los que el Banco ha grabado las palabras MIL FRANCOs. Magus condenó á Remonencq á dar una suma semejante á la Cibot, prestándose los, sobre los cuatro cuadros que le obligó á depositar en su casa. Los cuatro cuadros de Remonencq, parecieron tan magníficos á Magus, que no pudo decidirse á devolverlos, y al día siguiente llevó seis mil francos de beneficio al anticuario, que le cedió las cuatro telas mediante factura. La señora Cibot, dueña de sesenta y ocho mil francos, exigió de nuevo el más absoluto silencio á sus dos cómplices, y rogó al judío que le indicase la manera de colocar aquella suma sin que nadie lo supiese.

—Compre acciones del ferrocarril de Orleans, están treinta francos más bajas que á la par, doblará usted sus fondos en tres años, y tendrá usted unos trozos de papel que cogerán muy bien en una cartera.

—Quédese aquí, señor Magus, voy á casa del hombre de negocios de la familia del señor Pons, que quiere saber cuánto daría usted por todas las bagatelas de allá arriba... voy á enviarlo á buscar.

—¡Si fuese viuda!—dijo Remonencq á Magus—ese sería mi verdadero negocio, pues ya es rica...

—Sobre todo si coloca su dinero en acciones del ferrocarril de Orleans; en dos años lo doblará. Yo he colocado en él mis pobres economías—dijo el judío,—es la dote de mi hija... Vamos á dar una vuelta por el bulevar mientras esperamos al abogado...

—Si Dios quisiese llamar á sí á ese Cibot, que está ya muy enfermo—repuso Remonencq,—tendría una gran mujer para estar al frente de un almacén, y podría emprender el comercio en grande...

## CAPITULO XXIII

Donde Smuke se eleva hasta el trono de Dios

—Buenos días, mi querido señor Fresal—dijo la Cibot, con tono cariñoso, entrando en el despacho de su consejero, —¿es verdad lo que me dice su portera de que se muda usted?

—Sí, mi querida señora Cibot, tomo una habitación del primer piso de la casa del doctor Poulain, encima del suyo. Busco quien me preste dos ó tres mil francos para amueblar convenientemente mi habitación, que por cierto es muy bonita; el propietario la ha restaurado. Estoy encargado, como le dije, de los intereses del señor presidente de Marville y de los de usted... Como dejo el oficio de agente de negocios y voy á inscribirme en el colegio de abogados, necesito tener un piso bueno y bien amueblado. Los abogados de París no dejan incorporarse en su colegio más que á las gentes que poseen un mobiliario respetable, una biblioteca, etc. Soy doctor en Derecho, he fijado mi residencia aquí, y tengo ya protectores poderosos... Y bien ¿cómo va el asunto?

—Si quiere usted aceptar mis economías, que están en la caja de ahorros—le dijo la Cibot,—no es gran cosa, tres mil francos, el fruto de veinticinco años de ahorros y de privaciones...—Me firmaría usted una letra de cambio, como dice Remonencq, pues soy ignorante y no sé más que lo que me enseñan.

—No, los estatutos de la orden prohíben á un abogado firmar letras de cambio; le haré un recibo con un interés del cinco por ciento, y me lo devolverá usted si hago que le concedan una renta vitalicia de mil doscientos francos en la herencia del bueno de Pons.

La Cibot, caída en el lazo, guardó silencio.

—Quien calla otorga—repuso Fresal,— tráigame eso mañana.

—¡Ah! le pagaré de buena gana por adelantado sus honorarios—dijo la Cibot—y así estaré segura de que tendré mis rentas.

—¿Cómo está el asunto?—repuso Fresal, haciendo un signo afirmativo de cabeza. Vi á Poulain ayer noche, y parece que lleva usted la cosa rápidamente... Otro asalto como el de ayer y se formarán cálculos en la vejiga de la

huel... Sea usted buena con él, mi querida señora Cibot, es preciso no crearse remordimientos. No se llega á viejo.

—Déjeme usted tranquila con sus remordimientos!... ¿Va usted á hablarme aún de la guillotina? El señor Pons es un viejo *ostinado*, usted no le conoce! ¡él es quien me exaspera! No hay ningún hombre tan malo como él; sus parientes tenían razón, es cazurro, vengativo y *ostinado*... El señor Magus está en la casa como le he dicho, y le espera á usted.

—Está bien, llegaré cuando usted. Del valor de esa colección depende la cifra de su renta; si vale ochocientos mil francos, tendrá usted mil quinientos de renta vitalicia... ¡es una fortuna!

—Pues bien, voy á decirle que valúe las cosas á conciencia.

Una hora después, mientras Pons dormía profundamente, después de haber tomado de manos de Smuke una poción calmante ordenada por el doctor, pero cuya dosis había sido doblada por la Cibot sin que el alemán lo supiese, Fresal, Remonencq y Magus, estos tres personajes patibularios, examinaron pieza á pieza los mil setecientos objetos que constituían la colección del viejo músico. Como se había acostado Smuke, estos cuervos olfateando el cadáver quedaron dueños del terreno.

—No hagan ustedes ruido—decía la Cibot cada vez que Magus se extasiaba y discutía con Remonencq al instruirle acerca del valor de alguna hermosa obra.

Era cosa que traspasaba el corazón, ver aquellas cuatro avaricias diferentes, calculando el valor de la herencia durante el sueño de aquel cuya muerte era objeto de sus codicias. La apreciación de los valores que contenía el salón duró tres horas.

—Término medio—dijo el grasiento judío,—cada cosa de estas vale mil francos.

—¡Qué suman un millón setecientos mil francos!—exclamó Fresal estupefacto.

—No para mí—repuso Magus, cuya mirada adquirió tintes fríos.—Yo no daría más de ochocientos mil francos, pues no puede uno saber el tiempo que estarán esos objetos en el almacén... Hay obras maestras que no se venderán en diez años, y el precio de adquisición se dobla con los intereses compuestos; pero pagaría la suma al contado.

—Hay en la habitación vidrieras de iglesia, esmaltes,

miniaturas y tabaqueras de oro y de plata—hizo observar Remonencq.

—¿Se pueden ver?—dijo Fresal.

—Déjenme asegurarme de que está bien dormido—replicó la Cibot.

Y á un signo de la portera las tres aves de rapiña entraron.

—¡Allí están las obras maestras—dijo Magus señalando al salón,—pero aquí están las riquezas! ¡Y qué riquezas! los soberanos no tienen en sus tesoros nada más hermoso.

Los ojos de Remonencq, alumbrados por las tabaqueras, brillaban como carbunclos. Fresal, tranquilo y frío como una serpiente que se hubiese enderezado, alargaba su lisa cabeza y se mantenía en la actitud que los pintores atribuyen á Mefistófeles. Estos tres avaros diferentes, alterados por el oro, como lo son los diablos por el rocío del paraíso, dirigieron á una sus miradas al poseedor de tales riquezas, pues había hecho uno de esos movimientos causados por la pesadilla. De repente, bajo el chorro de aquellos tres rayos diabólicos, el enfermo abrió los ojos y arrojó agudos gritos.

—¡Ladrones! ¡Ya están aquí! ¡A la guardia! ¡Qué me asesinan!

Evidentemente continuaba su sueño despierto, pues se había erguido sobre su cama con los ojos desencajados, blancos, fijos, sin poder moverse. Elías Magus y Remonencq ganaron la puerta; pero fueron detenidos por estas palabras:

—¡Magus aquí!... he sido traicionado.

El enfermo había sido despertado por el instinto de conservación de su tesoro, sentimiento igual, por lo menos, al de la conservación personal.

—Señora Cibot, ¿quién es el señor?—exclamó estremeciéndose, al ver á Fresal que permanecía inmóvil.

—¡Pardiez! ¿es qué podía ponerlo á la puerta?—dijo guiñando el ojo á Fresal.—El señor se ha presentado hace un momento en nombre de su familia.

Fresal dejó escapar un movimiento de admiración por la Cibot.

—Sí, señor, venía de parte de la señora presidenta de Marville, de su marido y de su hija, para hacerle presente su sentimiento; han sabido por casualidad su enfermedad, y quisieran cuidarles ellos mismos... Le ofrecen á usted su tierra de Marville para que vaya á recobrar la salud; la

señora vizcondesa de Popinot, Cecilia, que le quiere tanto, será su enfermera... Ha tomado su defensa cerca de su madre y le ha hecho caer del error en que estaba.

—¿Y le han enviado mis herederos—exclamó Pons indignado—dándole por guía al conocedor más hábil, al experto más astuto de París?... ¡Ah! ¡la misión es buena!—añadió riéndose con risa loca.—¡Vienen ustedes á estimar mis cuadros, mis curiosidades, mis tabaqueras y mis miniaturas!... ¡Vayan ustedes estimando! Tienen ustedes un hombre que no solamente conoce todas las cosas, sino que puede comprarlas, pues es diez veces millonario... Mis queridos parientes no esperarán mucho tiempo mi herencia—dijo con profunda ironía,—me han dado un golpe mortal... ¡Ah! señora Cibot, usted se dice mi madre é introduce aquí á los comerciantes, á mi competidor y á los Camusot mientras duermo... ¡Salgan todos de aquí!

Y el desgraciado, excitado por la doble acción de la cólera y del miedo, se levantó descarnado.

—Cójase de mi brazo, señor—dijo la Cibot precipitándose sobre Pons para evitar que cayese.—Cálmese, esos señores han salido ya.

—¡Quiero ver el salón!...—dijo el moribundo.

La Cibot hizo signo á los tres cuervos de que tomasen vuelo; después, á pesar de sus gritos, cogió á Pons, lo levantó como una pluma y lo acostó; al ver al desgraciado coleccionista completamente aniquilado, fué á cerrar la puerta de la habitación. Los tres verdugos de Pons estaban aún en el descansillo de la escalera, y cuando la Cibot los vió, les hizo seña de que esperasen, al oír esta frase de Fressal, dirigida á Magus:

—Haga usted una carta firmada por ustedes dos, en la cual se compromete usted á pagar al contado novecientos mil francos por la colección del señor Pons, y veremos de obtener un buen beneficio.

Después spló al oído á la Cibot una palabra, una sola que nadie pudo oír, y bajó con los dos comerciantes.

—Señora Cibot—dijo el desgraciado Pons cuando la portera volvió,—¿se han marchado ya?

—¿Quiénes?—preguntó ella.

—Esos hombres...

—¿Qué hombres?... Vaya ¡ha visto usted hombres!—dijo ella;—acaba usted de tener un gran acceso de fiebre, y si no

es por mí se tira usted por la ventana, ¿y viene usted aún á hablarme de hombres?... ¿Va usted á estar siempre así?

—¡Cómo! ¿no había hace un momento aquí un hombre que se decía enviado por mi familia...?

—¿Va usted á *ostinarse* aún?—repuso ella.—¿Sabe usted dónde voy á meterle? ¡en *Chalentón*! Ve usted hombres...

—Elias Magus, Remonencq...

—¡Ah! á Remonencq, puede que le haya visto, porque ha venido á decirme que mi pobre Cibot va tan mal, que voy á dejarles á ustedes plantados. Mi Cibot es antes que nadie ¿sabe usted? Cuando mi hombre está enfermo, yo no conozco ya á nadie. Procure estar tranquilo y dormir un par de horas, pues he enviado á buscar al señor Poulain, y volveré con él... Beba usted y sea bueno.

—¿No había nadie hace un momento en mi habitación, allí, cuando me he despertado?...

—¡Nadie!—dijo ella—habrá visto usted al señor Remonencq por los cristales.

—Tiene usted razón, señora Cibot—dijo el enfermo volviéndose dulce como un cordero.

—Vamos, es usted razonable; adiós, ángel mío, esté tranquilo, volveré dentro de un instante.

Cuando Pons oyó cerrar la puerta del cuarto, reunió sus últimas fuerzas para levantarse, pues se dijo:

—¡Me engañan! ¡Me desvalijan! ¡Smuke es un niño que se dejaría meter en un saco!...

Y el enfermo, animado por el deseo de aclarar la horrible escena que le parecía demasiado real para ser una visión, pudo ganar la puerta de su cuarto, la abrió penosamente y se encontró en su salón, donde la vista de sus queridos cuadros, de sus estatuas, de sus bronce florentinos, y de sus porcelanas le reanimó. El coleccionista, en bata de casa, las piernas desnudas y ardiéndole la cabeza, pudo dar la vuelta por las dos calles que había trazadas por las credencias y los armarios cuya alineación dividía el salón en dos partes, al primer golpe de vista lo contó todo y vió su museo completo. Iba á entrar, cuando su mirada fué atraída por un retrato de Greuse colocado en lugar del caballero de Malta, de Sebastián del Piombo. La sospecha cruzó por su mente como el relámpago cruza por un cielo tempestuoso. Miró los lugares ocupados por sus ocho cuadros capitales y vió que los habían substituído todos. Los ojos del pobre hombre se cu-



brieron de un velo negro, fué presa de gran debilidad, y cayó sobre el pavimento. Este desvanecimiento fué tan completo, que Pons permaneció allí por espacio de dos horas y fué hallado por Smuke, cuando el alemán, despierto, salió de su habitación para ir á ver á su amigo. Smuke sufrió mil penas para levantar al moribundo y acostarlo; pero cuando dirigió la palabra á aquel casi cadáver, y hubo recibido una mirada glacial y palabras vagas y balbuceadas, el pobre alemán, en lugar de perder la cabeza, se convirtió en un héroe de amistad. Bajo la presión de la desesperación, este hombre niño tuvo esas inspiraciones que tienen las mujeres amantes ó las madres. Calentó servilletas (¡encontró servilletas!), supo envolverle con ellas las manos á Pons, y se las colocó en el estómago; después tomó aquella frente húmeda y fría entre sus manos y le llamó á la vida con una fuerza de voluntad digna de Apollonius de Thyane, besó á su amigo en los ojos, como esas Marías que los grandes escultores italianos han esculpido en sus bajos relieves llamados *Pietà*, besando el Cristo. Estos esfuerzos divinos, aquella efusión de una vida en otra, aquella obra de madre y de amante fué coronada por un éxito completo. Al cabo de media hora, Pons, reaccionado, tomó forma humana: el color vital volvió á sus ojos, el calor exterior trajo el movimiento de los órganos. Smuke hizo beber á Pons agua de melaza mezclada con vino, el espíritu de la vida se difundió por aquel cuerpo, y la inteligencia brilló de nuevo en aquella frente insensible antes como una piedra. Pons comprendió entonces á qué santa abnegación, á qué poder de amistad era debida aquella resurrección.

—¡Sin ti, moriría!—dijo sintiendo su rostro dulcemente bañado por las lágrimas del buen alemán, que reía y lloraba á la vez.

Al oír aquella palabra, esperada en el delirio de la esperanza, que vale lo que el delirio de la desesperación, el pobre Smuke, cuyas fuerzas se habían agotado, disminuyó como un globo reventado. Entonces le tocó á él caer, se arrojó sobre un sofá, juntó las manos y dió las gracias á Dios por medio de una oración ferviente. ¡Un milagro acababa de operarse por él! No creía en el poder de su plegaria en acción, sino en el que había invocado de Dios. No obstante, el milagro era un efecto natural, que los médicos han comprobado recientemente. Un enfermo rodeado de

afectos, cuidado por gentes interesadas en que viva, en iguales condiciones es salvado allí donde sucumbe un sujeto cuidado por mercenarios. Los médicos no quieren ver en esto los efectos de un magnetismo involuntario, atribuyen este resultado á cuidados inteligentes, á la exacta observación de sus indicaciones, pero muchas madres conocen la virtud de esas ardientes proyecciones de un deseo constante.

—¡Mi buen Smuke!...

—¡No hables! te entendegué *pog* el *cogazón*... ¡*gueposa!* ¡*gueposa!*—dijo el músico sonriéndose.

—¡Pobre amigo! ¡criatura noble!... ¡Hijo de Dios viviendo en Dios! ¡único ser que me ha amado!...—dijo Pons por medio de interjecciones, encontrando en su voz desconocidas modulaciones.

El alma, próxima á volar, estaba por entero en estas palabras, que proporcionaron á Smuke goces casi iguales á los del amor.

—¡Vive! ¡vive! ¡y me convertiré en un león! trabajaré por los dos.

—Escucha, mi bueno, fiel y adorable amigo, déjame hablar, el tiempo corre, pues estoy muerto y no podré resistir muchas crisis como esta.

Smuke lloró como un niño.

—Escucha pues, ya llorarás después...—dijo Pons.—Como cristiano que eres, tienes que resignarte. Me han robado, y es la Cibot... Antes de dejarte, debo iluminarte acerca de las cosas de la vida, pues tú no las conoces. Han cogido ocho cuadros que valen sumas considerables.

—*Pegdóname*, yo soy quien los he vendido.

—¡Tú!

—Yo...—dijo el pobre alemán—estábamos citados...

—¿Citados?... ¿por quién?

—¡*Espega!*

Smuke fué á buscar el papel timbrado dejado por el alguacil y lo trajo.

Pons leyó atentamente aquella citación. Después de haberla leído, dejó caer el papel y guardó silencio. Este observador del trabajo humano, que hasta entonces había descuidado el trabajo moral, acabó por coger todos los hilos de la trama urdida por la Cibot. Su imaginación de artista, su inteligencia como alumno de la Academia de Roma, toda su juventud volvió á él, por algunos instantes.

—Mi buen Smuke, obedéceme militarmente. ¡Escucha! baja á la portería y di á esa horrible mujer que quisiera volver á ver á la persona que me ha sido enviada por mi primo el presidente, y que, si no viene, tengo intención de legar mi colección al Museo; dile que se trata de hacer mi testamento.

Smuke bajó para cumplir su misión; pero á las primeras palabras, la Cibot respondió con una sonrisa.

—Mi buen señor Smuke, nuestro querido enfermo ha tenido un gran delirio, y ha creído ver gente en su cuarto. Le doy mi palabra de mujer honrada de que no ha venido nadie de parte de la familia de nuestro querido enfermo.

—Es más fuerte, más astuta y más maquiavélica de lo que me creía—dijo Pons sonriéndose;—miente hasta en su portería. Figúrate que esta mañana ha traído aquí á un judío llamado Elías Magus, á Remonencq y á un tercero que me es desconocido, pero que es más horrible él solo que los otros dos juntos. Ha contado con mi sueño para estimar mi herencia; la casualidad ha querido que yo me despertase, y los he visto á los tres pesando mis tabaqueras. En fin, el desconocido se ha dicho enviado por los Camusot, he hablado con él... esa infame Cibot me ha sostenido que soñaba... He oído muy bien á ese hombre, me ha hablado... Los dos comerciantes se han asustado y han tomado la puerta... He creído que la Cibot se contradiría... Esa tentativa es inútil. Voy á tender otro lazo en el que la infame caerá... Mi pobre amigo, tienes á la Cibot por un ángel, y es una mujer que me está asesinando desde hace un mes, con miras codiciosas. Yo no he querido creer tanta maldad en una mujer que nos ha servido fielmente durante algunos años. Esta duda me ha perdido... ¿Cuánto te han dado por los ocho cuadros?

—Cinco mil francos.

—¡Dios mío! ¡Valen veinte veces más! es la flor de mi colección. No tengo tiempo de intentar un proceso, ya que, por otra parte, sería hacerte juguete de esos granujas... ¡Un proceso te mataría! ¡Tú no sabes lo que es la justicia! es el sumidero de todas las infamias morales.... Al ver tantos horrores, las almas como la tuya sucumben. Y además, serás bastante rico. Esos cuadros me han costado cuatro mil francos, los tengo desde hace treinta años... Pero hemos sido robados con una habilidad sorprendente. Yo estoy al borde

de la tumba y no me preocupo más que por ti... el mejor de los seres. De modo que no quiero que seas despojado, pues todo lo que poseo es tuyo. Así pues, tienes que desconfiar de todo el mundo, y tú no has sido desconfiado nunca. Dios te protege, lo sé; pero puede olvidarte un momento, y serás robado como un barco mercante. La Cibot es un monstruo, ¡me mata! y como tú crees que es un ángel, voy á hacer que la conozcas; vete á rogarle que te indique un notario para otorgar mi testamento... y ya te la enseñaré con las manos en la masa.

Smuke escuchaba á Pons, como si contase el Apocalipsis. Que existiese una naturaleza tan perversa como debía serlo la de la Cibot, si Pons tenía razón, era para él la negación de la Providencia.

—Mi pobre amigo Pons se encuentra tan mal—dijo el alemán, bajando á la portería y dirigiéndose á la Cibot,—que *quieque haceg* testamento: vaya á *buscag* un *notagio*...

Esto fué dicho en presencia de varias personas, pues el estado de Cibot era casi desesperado: Remonencq, su hermana, dos porteras venidas de las casas vecinas, tres criados de los inquilinos de la casa y el inquilino del primer piso.

—¡Ah! puede ir usted mismo á buscar un notario—exclamó la Cibot con los ojos llorosos—y hacer que haga su testamento quien usted quiera... No será cuando mi pobre Cibot está á la muerte que deje su cama... Daría todos los Pons del mundo por conservar á Cibot... Un hombre que no me ha causado dos onzas de pena en treinta años de matrimonio...

Y se metió dentro, dejando á Smuke todo confuso.

—Señor—dijo á Smuke el inquilino del primer piso,—¿es verdad que está muy enfermo el señor Pons?

Este inquilino, llamado Jolivart, estaba empleado en el Registro de la Audiencia.

—Hace poco ha estado á punto de *moguig*—respondió Smuke con profundo dolor.

—Cerca de aquí, en la calle de San Luis, vive el notario Trognón—advirtió el señor Jolivart.—Es el notario del barrio.

—¿Quiere usted que vaya á buscarlo?—preguntó Remonencq á Smuke.

—Con mucho gusto—respondió Smuke,—*pogque* si la

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII

señora Cibot no puede *cuidag* á mi amigo, no podré *deja*gle en el estado en que se halla...

—La señora Cibot nos decía que se volvía loco—repuso Jolivart.

—¿Pons loco?—exclamó Smuke lleno de terror.—Nunca ha tenido tan sano el juicio... y eso es lo que me inquieta por su salud.

Todas las personas que componían el grupo escuchaban esta conversación con una curiosidad muy natural, conversación que quedó grabada en la memoria de todos. Smuke, que no conocía á Fresal, no pudo fijarse en aquella cabeza satánica y de ojos brillantes. Fresal, diciendo dos palabras al oído de la Cibot, había sido el autor de aquella atrevida escena, tal vez superior á las fuerzas de la Cibot, pero que ella había representado con magistral superioridad. Hacer pasar al moribundo por loco era una de las piedras angulares del edificio construído por el hombre de leyes. El incidente de la mañana había servido mucho á Fresal; y sin él tal vez la Cibot, en su turbación, se hubiese desmentido, en el momento en que el inocente Smuke fué á tenderle un lazo, rogándola que llamase al enviado de la familia Camusot. Remonencq, que vió venir al doctor Poulain, no deseaba otra cosa que desaparecer. He aquí por qué:

#### CAPITULO XXIV

##### Las astucias de un testador

Hacia diez días que Remonencq desempeñaba el papel de Providencia, lo cual desagradaba singularmente á la justicia, cuya pretensión es representarla ella sola. Remonencq quería desembarazarse á toda costa del único obstáculo que se oponía á su dicha. Para él la dicha consistía en casarse con la apetitosa portera, y triplicar sus capitales. Ahora bien, Remonencq, al saber que el sastrecillo tomaba tisana, tuvo la idea de convertir su indisposición en una enfermedad mortal, y su estado de tratante en hierros viejos le procuró los medios.

Una mañana, mientras fumaba su pipa con el hombro apoyado en el quicio de la puerta de su tienda, y soñaba con aquel hermoso almacén situado en el bulevar de la

Magdalena, donde reinaría la señora Cibot, regiamente vestida, sus ojos se fijaron en una rodaja de cobre muy oxidada. La idea de limpiar económicamente la rodaja en la tisana de Cibot, se le ocurrió de repente. Ató aquel cobre, redondo como un duro, con una cuerdecita; y mientras que la Cibot estaba ocupada con sus señores, iba todos los días á tener noticias de su amigo el sastre. Durante esta visita de algunos instantes, remojaba la rodaja, y al irse la dejaba colgando del hilo. Este ligero aumento del cobre cargado de su óxido, llamado comúnmente cardenillo, introdujo secretamente un principio pernicioso en la bienhechora tisana; pero en proporciones homeopáticas, lo que causó estragos incalculables. He aquí cuáles fueron los resultados de esta homeopatía criminal. Al tercer día, los cabellos del pobre Cibot cayeron, los dientes temblaron en sus alvéolos, y la economía de aquella organización fué turbada por esta imperceptible dosis de veneno. El doctor Poulain se volvía loco al ver el efecto de aquella decocción, pues era bastante sabio para conocer la acción de un agente destructor. Se llevó la tisana sin que nadie lo supiese, y verificó él mismo el análisis; pero no encontró nada en ella. La casualidad quiso que aquel día Remonencq, asustado de su obra, no introdujese la fatal rodaja. El doctor Poulain se disculpó consigo mismo y con la ciencia, suponiendo que, á causa de una vida sedentaria en una portería húmeda, la sangre de aquel sastre acurrucado ante una mesa y una ventana con cristales, había podido descomponerse por falta de ejercicio y sobre todo á causa de la perpetua aspiración de las emanaciones de un arroyo fétido. La calle de Normandía es una de esas viejas calles de cuesta, donde la ciudad de París no ha puesto aún cloacas, y cuyo arroyo negro arrastra penosamente las aguas sucias de todas las casas, que se infiltran por el adoquinado y producen un barro particular á la villa de París.

La Cibot salía y entraba, mientras que su marido, trabajador intrépido, estaba siempre ante aquella ventana. Las rodillas del sastre eran angulosas, la sangre se fijaba en el busto, y las piernas, delgadas y torcidas, eran miembros casi inútiles. De modo que el tono cobrizo muy pronunciado de Cibot, parecía naturalmente enfermizo desde hacía mucho tiempo. La buena salud de la mujer y la enfermedad del marido, pareció al doctor un hecho muy natural.